

Los Niños Alegres

Por Arthur Machen



Un día después de la Navidad de 1915, mis deberes profesionales me llevaron al Norte. Siendo más preciso, según nuestras convenciones, al *"Distrito Nordeste"*. Se habían escuchado ciertas charlas singulares o chismorreos respecto a que los alemanes tenían un *"escondrijo"*, cerca de Malton Head. Nadie parecía saber exactamente qué hacían allí o qué esperaban lograr. Mas la información corría como un incendio de una boca a otra y se creyó conveniente que tal habladería fuese seguida hasta sus orígenes y expuesta al público, o negada de una vez por todas.

Me dirigí al Distrito Nordeste, el domingo 26 de diciembre de 1915 y continué mis investigaciones a partir de la Bahía Helmsdale; que es un pequeño pueblo marítimo situado a tres escasos kilómetros del cabo Malton. La gente de los prados y las marismas también se había enterado de la fábula, considerándola con supremo desdén. Por lo que pude averiguar, dicho cuento había tenido origen en los juegos de unos niños que durante el verano habían vivido en Helmsdale. Habían improvisado un burdo drama de espías alemanes y su captura y habían utilizado la Caverna Helvy, situada entre Helmsdale y el cabo Malton; como escenario de sus juegos. Al parecer eso era todo y los bobos habían hecho el resto; los bobos que creían de todo corazón a los *"rusos"* y se persignaban ante aquel que expresaba sus dudas respecto a los *"Ángeles de Mons"*.

-Los niños forjaron un cuento que no se creían-, me espetó un habitante del pueblo, que seguramente me juzgó más prudente que otras personas.

Naturalmente; no podía comprender que, a pesar de todo, un periodista tiene dos deberes: proclamar la verdad y denunciar la mentira.

A primeras horas de la tarde del lunes, ya había terminado con los “*alemanes*” y su escondite y decidí detenerme en Banwick antes de regresar a casa, pues había oído comentar a menudo que era un lugar bellissimo y curioso. De modo que subí al tren de la una y media y empecé a internarme, deteniéndome en muchas estaciones desconocidas en medio de las grandes mesetas. Cambié de tren en Marishes Ambo y proseguí el viaje por un territorio extraño a la escasa luz de la tarde invernal. De pronto, el tren abandonó el terreno llano y comenzó a descender por una cañada profunda y estrecha oscurecida por bosques a cada lado, amarillenta por las ramas quebradas, y solemne en su soledad. Lo único que se movía era el río acaudalado y turbulento que espumeaba sobre las rocas, y formaba plácidos remansos en las orillas.

Los oscuros bosques se diseminaron en grupos de antiguas matas de espinos; enormes rocas grises de formas extrañas surgían del suelo y otras dentadas se elevaban hacia las alturas a cada lado de la cañada. El río crecía haciéndose más ancho y siguiendo su curso, arribamos a Banwick al atardecer.

Contemplé la maravilla de la ciudad a la luz del crepúsculo rojizo del occidente. Las nubes ensombrecían los rosales; había mares de verdor entre islas de luz carmesí y nubes relucientes como espadas flamígeras o como dragones de fuego. Y por debajo de aquellos colores, de aquellas lumbres confundidas; se veían hacia abajo las luces del puerto y más arriba, al otro lado del puente, la abadía en ruinas y la inmensa iglesia en la colina.

Salí de la estación por una antigua calle tortuosa y estrecha, con recintos cavernosos, patios que se abrían al otro lado y tramos de peldaños que ascendían hacia las terrazas de las casas, o descendían al puerto y a la marea del agua. Distinguí muchas casas torcidas y hundidas por el peso de los años, casi por debajo del nivel del suelo; con techumbres de troncos de árbol derruidas y portales encorvados, con rastros de grabados grotescos en sus muros. Cuando llegué al muelle, al otro lado del puerto, descubrí la más asombrosa confusión de techos de tejas rojas que había visto en mi vida y una gran iglesia normanda de color gris, que dominaba desde una colina pelada. Más abajo, las barcas se balanceaban con la marea y el agua ardía en los fuegos del atardecer. Era la ciudad de un sueño mágico. Estuve en el muelle hasta que en el cielo hubo desaparecido todo resplandor y las aguas quedaron completamente a oscuras en la noche invernal de Banwick.

Encontré una vieja posada junto al puerto. Los muros de sus habitaciones se unían en extraños e inesperados ángulos que formaban agudas proyecciones y raras juntas de ladrillos, como si una habitación tratase de internarse en otra. En los rincones de los techos había indicios de escaleras imprevistas. La posada también tenía un bar con un hogar de leña, en cuyos viejos sillones, Tom Smart se acomodó con la perspectiva de conseguir algo caliente después de cenar.

Me senté en ese agradable lugar una o dos horas y conversé con la amable gente del pueblo que entraba y salía. Todos me hablaban de las viejas aventuras o la industria de la población. Antaño era un gran puerto ballenero y tenían unos magníficos astilleros; más adelante, Banwick fue célebre por su corte del ámbar.

-Pero ahora ya no es nada-, se entristeció un parroquiano del bar, *-y nosotros nada poseemos-*. Agregó.

Salí a dar una vuelta antes de cenar. Banwick estaba en tinieblas, en espesas tinieblas. Por buenos motivos, no ardía en sus calles ni una sola luz y apenas se distinguían algunos resquicios luminosos a través de los visillos de las ventanas. Era como andar por una ciudad de la Edad Media con las formas antiguas de las casas apenas visibles en la oscuridad; formas que me recordaban los cuadros extraños y cavernosos del París y Tours medievales que trazó Doré.

Apenas había nadie en las calles; aunque todos los patios y callejones parecían llenos de niños. Divisé a varios corriendo aquí y allá. Nunca había oído unas voces infantiles tan felices. Unos cantaban, otros reían y atisbando por una de las oscuras cavernas, percibí una ronda de niños que danzaban dando vueltas y más vueltas, cantando con voces muy diáfanas una bella melodía; seguramente una tonadilla local, supuse, ya que se trataba de unas modulaciones que jamás había escuchado.

Regresé a la posada y hablé con su propietario respecto a la gran cantidad de niños que jugaban en las oscuras calles y en los patios y en lo felices que todos me habían parecido.

Durante un instante me contempló fijamente y al fin me dijo:

-Bueno, caballero, los niños andan un poco sueltos estos días. Sus padres se hallan en el frente y sus madres no pueden dominarlos ni sujetarlos en casa. De modo que todos se han vuelto un poco salvajes.-

Había algo raro en su expresión. Pero no conseguí descubrir en qué estribaba la rareza. Y me di cuenta de que mi observación le había dejado inquieto, aunque yo ignoraba en absoluto qué le pasaba. Cené y me senté un par de horas a discutir de los *"alemanes"* en su escondite del cabo Malton. Terminé mi relato del mito alemán, y en vez de irme a la cama, decidí que debía dar otra vuelta por Banwick, envuelto en

su maravillosa oscuridad. De modo que salí y crucé el puente ascendiendo por la calle del otro lado, donde se veía (se hubiese visto en pleno día) el amontonamiento de tejados rojos casi encimados, que había contemplado aquel atardecer. Ante mi asombro pude ver que los extraordinarios niños de Banwick continuaban en la calle, alborotando, jugando, riendo, bailando y cantando por las escaleras que daban a los patios interiores; y dando de esta forma la apariencia que flotaban en el aire. Sus alegres carcajadas resonaban como campanadas en la noche.

Eran las once y cuarto cuando salí de la posada, y estaba precisamente pensando que las madres de aquella población eran muy indulgentes con sus hijos, cuando éstos empezaron a entonar la antigua melodía que ya había escuchado antes. Las diáfanas y modélicas voces se elevaban en la oscuridad, como si fueran cientos. Yo me hallaba en una callejuela y vi con gran estupor que los niños desfilaban ante mí en una larga procesión que ascendía por la colina rumbo a la abadía. Ignoro si había aparecido una luna muy pálida o si las nubes pasaban por delante de las estrellas; pero el aire se apaciguó y conseguí divisar a los niños con toda claridad, marchando lentamente y cantando con exaltación mientras entonaban la dulce melodía en medio del bosque invernal, que en aquellos momentos, parecía transformado por una temprana primavera. Todos vestían de blanco, algunos con extrañas marcas en sus cuerpos que, supuse, tenían cierto significado en aquel fragmento de místico misterio que estaba yo contemplando.

Muchos llevaban coronas hechas con algas húmedas en torno a las sienes; uno mostraba una cicatriz pintada en la garganta; otro llevaba una túnica abierta y señalaba una profunda herida encima del corazón de la que parecía manar sangre; otro tenía las manitas muy separadas con las palmas llenas de espinos y sangrando, como si se las hubiesen atravesado. Uno de los cantores llevaba un bebé en brazos que presentaba una herida en la cara.

La procesión pasó ante mí y oí cantar a los niños mientras seguían ascendiendo por la colina hacia la antigua iglesia. Regresé a la posada y al atravesar el puente me asaltó de repente la idea de que era el día de los Santos Inocentes. Sin duda, acababa de presenciar una confusa reliquia de alguna tradición medieval, por lo que al llegar a mi destino le formulé al posadero unas preguntas al respecto. Entonces comprendí el significado de la extraña expresión que antes había observado en su rostro. Empezó a temblar y a estremecerse de horror y luego se alejó de mí como si yo fuese un mensajero de la muerte.

Unas semanas más tarde estaba leyendo un libro titulado *Los antiguos ritos de Banwick*. Lo había escrito, en el reinado de la reina Isabel I de Inglaterra, un autor anónimo que había conocido el esplendor de la antigua abadía y la desolación que la asoló. Y hallé el siguiente pasaje:

“Y en el Día de los Inocentes, a medianoche, se celebró un maravilloso y solemne servicio religioso. Ya que cuando los monjes terminaron de cantar el Tedeum en los maitines subió al altar el abad, espléndidamente ataviado con una vestidura de oro, por lo que era una maravilla contemplarle. Y también entraron en el templo todos los niños de tierna edad de Banwick, todos ataviados con túnicas blancas. Luego, el abad empezó a cantar la misa de los Santos Inocentes. Y cuando terminó la consagración de la misa, se adelantó hasta el Santo Libro el niño más pequeño de cuantos se hallaban presentes y podían estar de pie. Y este niño llegó al altar y el abad lo instaló en un trono de oro reluciente y se inclinó y lo adoró, entonando:

‘Talium Regnum Celoerum, Aleluya.’ (De éste es el Reino de los Cielos, Aleluya).

Y todo el coro cantó en respuesta:

‘Amicti sunt stolis albis, Aleluya, Aleluya.’ (Vestidos están con túnicas blancas, Aleluya, Aleluya).

Y el prior y todos los monjes, uno por uno adoraron y reverenciaron al niño que se hallaba sentado en el trono.”

Yo había presenciado la procesión de la Orden Blanca de los Santos Inocentes. Había visto a los que salían cantando de las aguas profundas donde se hallaba el Lusitania; había visto a los mártires inocentes de los campos de Flandes y Francia regocijándose ante la idea de oír misa en su morada espiritual.

(Traducción. SMD)